

Este curso de actualización sobre Historia dirigido a profesores de historia, nos recuerda una cosa muy sencilla, que es que se enseña para que otros lleguen a saber, y que entonces el que enseña no puede limitarse a técnicas de enseñanza, sino que debe profundizar en aquello que quiere transmitir. Para enseñar hay que saber; y para saber hay que actualizar en descanso los conocimientos.

El oficio de ustedes es enseñar una ciencia. Nos podrían objetar ¿por qué vale la pena enseñar esa ciencia? Yo quisiera esbozar una respuesta diciendo: lo que busca toda educación intelectual, más allá de la ciencia, es la sabiduría; las ciencias son ciertamente un camino - y de los más importantes - a la sabiduría; los niños y los jóvenes son especialmente sensibles al llamado de la sabiduría; y finalmente, el estudio de la historia ofrece un camino privilegiado a la sabiduría.

Es difícil definir a la "sabiduría". La etimología de la palabra latina nos remite a uno de los sentidos orgánicos, el gusto, que nos da el sabor de las cosas, y al hacerlo, le habla directamente a nuestra afectividad: el sabor, como el olor, es grato o es ingrato; es un medio para conocer, para identificar, pero envuelto siempre en una reacción emocional. No compromete sólo al entendimiento, sino que arrastra al hombre entero, a quien atrae o rechaza.

Así también lo propio de la sabiduría, es que el conocimiento vaya acompañado de un gozo, de un deleite - el género de gozo que acompaña siempre a la satisfacción de un hondo deseo de la naturaleza. "Todos los hombres desean por naturaleza saber".

Por supuesto que no estoy hablando de un saber teórico o especulativo. La teoría no tiene sabor, no le habla a los afectos. "Grau teurer Freund ist alle Theorie....." Se trata por el contrario de un saber práctico, concreto, que nos ubica en el mundo, que nos da la "medida" de las cosas y de nosotros mismos.

Esa es la sabiduría que ilumina lo mejor de nuestra cultura. Cicerón hablaba de esa "philosophia", especulativa y práctica que era "la guía de la vida" (O vitae philosophia dux). San Agustín de la "sapientia" que es como la "medida" del espíritu. "Modus ergo animi sapientia est". Y el valor preeminente de esta sabiduría viene de que lo primero que necesitamos es una guía, una medida, un sentido, para nuestras acciones prácticas en nuestras situaciones concretas.

En el libro del Siracida (24:24ss), la sabiduría está en medio del camino, y grita, y llama, y a cada cual le habla y lo invita". En mí está toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid a mí los que me codiciáis y llenaos de mis frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y que el panal...
" A cada cual, tomado en su propia situación concreta, la sabiduría le habla y lo invita. Es

un llamado personal, al que cada uno responde por un camino propio. La invitación es a gustar y a gozar de la justa medida de las cosas. El llamado de la sabiduría es al mismo tiempo un llamado a un goce. El "gaudium de veritate" del que hablaba San Agustín.

Pero la tarea de ustedes es enseñar una ciencia. ¿Pueden las ciencias ser un camino para la sabiduría?. Nos hemos vuelto escépticos . Déjenme entonces traerles un relato que que nos viene de en medio de la fiereza, las amenazas, la precariedad de vida y la incertidumbre, de los tiempos carolingios. A unos jóvenes que se entregaban al árido estudio de la Gramática el maestro les pregunta: "Quid quaeritis..." Y los discípulos, ¡los alumnos de Gramática!, contestan a una voz, con una confianza conmovedora: "Felicitemur..." (). Y el maestro les habla de la verdadera felicidad, a la que pueden ciertamente acceder si persisten en el camino en el que se han colocado. Ellos entendían que buscaban sabiduría y que en la sabiduría está la felicidad.

Creo que tenían mucha razón, y que veían más lejos que muchos expertos de hoy día. Por lo mismo, y porque ya no nos resulta tan claro como a los discípulos de Alcuino tenemos que preguntarnos cómo y por qué puede la ciencia ser un camino de sabiduría

Pensemos primero en las ciencias naturales. Todo aquello de lo que ellas nos hablan, está concebido en el entendimiento del hombre, y no lo conocemos sino allí. Por eso mismo, toda ciencia nos habla del hombre, en la misma medida en que nos habla del mundo. Pasó ya el tiempo en que se podía pensar que nuestra ciencia era como una fotografía, una imagen de la realidad. Las ciencias modernas nos hacen volver cada vez más a la concepción de Tomás de Aquino de que "el alma humana es en cierta forma todas las cosas" Ya no son la representación de un objeto en un sujeto, sino una forma especial de participación en la naturaleza de la realidad. Esa participación se nos revela en el hecho casi milagroso de que las ciencias pueden predecir con asombrosa exactitud el comportamiento de la realidad aunque sea en condiciones enteramente inéditas. El gozo que experimenta un científico al ver que una parte de la realidad se comporta de acuerdo a sus predicciones razonables, es como el testimonio de que su espíritu ha tocado esa "medida" de sí mismo, y sabe que participa de todas las cosas. "Gaudium de veritate".

Las ciencias humanas y sociales por su parte, tocan también a ese compendio del universo que es el espíritu humano. Pero lo tocan en una dimensión en la que nos es muy próximo y sin embargo impenetrable: allí donde reconocemos en cada hombre a "otro" , igual a nosotros, pero radicalmente otro, irreductible en su realidad concreta, inconmutable. Lo expresaba Bernardino de Siena al recomendar la lectura de los autores antiguos: "Anda y lee sus libros - lee el que más te guste de entre ellos; y entonces les hablarás a ellos, y ellos te hablarán a ti; los escucharás y ellos te escucharán a ti"

"Ellos te hablarán a ti, y tú les hablarás a ellos". Estas ciencias -llamélas humanas o como se quiera - están hechas por el encuentro "con" otros, "en" el lenguaje, en los símbolos y los signos que nos hablan de otros mundos, a veces infinitamente próximos, pero radicalmente irreductibles al nuestro. Aun antes de ser ciencias "de otros", son ciencias "con otros". En cierta forma son ciencias "del encuentro", y tal como en las naturales había un gozo de la participación, hay en estas un gozo del encuentro.

Porque en las ciencias humanas, se toca, se roza, esa fundación trascendental de todo el orden del conocimiento . Como lo ha dicho un pensador contemporáneo: "La persona es de hecho un sujeto que está constitutivamente (esencialmente, potencialmente) llamado a entrar en comunión con todo el orden del ser, y que está efectivamente (actualmente) unido a este en la medida en que lo conoce y lo ama. Esto significa que el hombre posee relacionamente...todas las perfecciones propias del universo(Chalmeta).

Ustedes se ocupan de una rama privilegiada de las ciencias humanas, esbozada por vez primera por Heródoto como una búsqueda destinada a evitar que las acciones del hombre se borren con el tiempo. Lo que significa el descubrimiento del valor del pasado humano. "La civilización que se crea una historia es una civilización que acepta el combate contra el tiempo, que espera salvar una parte del hombre de las garras del tiempo. Lo cual quiere decir que en el origen mismo de la historia hay una opción de futuro.. " (Chaunu). Las acciones individuales y colectivas de los hombres se ven dignas de perdurar, de permanecer en la memoria, que es la condición necesaria para ser proyectadas hacia el futuro. Heidegger () nos dice que "el fenómeno fundamental del tiempo es el futuro"....pero una proyección hacia el futuro es posible solamente si ella recoge la memoria del pasado: los dementes no conocen futuro.

¿Qué cosa podría haber que fuera más actual que el estudio de la historia?. Vivimos bajo una verdadera presión espiritual orientada a borrar nuestro pasado, y a dejarnos entonces sin proyecto. El dominio técnico, el placer, la angustia, esos grandes acompañantes del hombre de hoy, no conocen el pasado, están cada instante en el presente. Pero acomodarnos a eso significaría renunciar a un aspecto esencial de esa "medida" que sobre nosotros pone la sabiduría. Somos por naturaleza temporales: y el gozo de explorar en el pasado es el gozo de la anticipación hacia el futuro.

Preservar la mirada histórica entre nuestros jóvenes; devolverles la historia a tantos que la han perdido en el ambiente atemporal de la técnica; es darle un contenido a nuestra proyección de futuro, es humanizar nuestra vida, en el más alto sentido.

Para nosotros los cristianos, ello tiene un significado profundo porque nuestra fe tiene una raíz histórica, nos llega en la memoria de hechos reales que anuncian y prefiguran el futuro. Entrar en el sentido histórico del hombre es dar un paso en la misma dirección que escogió Dios para revelarse al hombre.

